

MALVA (*Malva silvestris* L. y *Malva Rotundifolia* D.). Llamada *jubbāzī*.

Planta perenne, de hasta 1 m de altura, con hojas en forma de palmeta con cinco lóbulos y borde festoneado. Las flores, de corolas grandes con pétalos rosados, azules o púrpura, se agrupan en conjunto en las axilas de las hojas.

Procedente de las regiones eurosiberianas, es autóctona en España, y no desdeña crecer en cualquier parte, como las orillas de los caminos o veredas, barbechos y todo tipo de ambientes.

En al-Andalus la malva podía crecer silvestre en el campo y ser cultivada en los huertos, ya que aparece mencionado su cultivo en algunos tratados de agricultura.

De hermoso color azul-purpúreo. Utilizada como alimento en al-Andalus, según Ibn al-‘Awwām, todavía perdura este uso en el mundo árabe y magrebí como verdura cocida, rehogada con especias.

La malva hortense era mejor para servir de alimento que la silvestre. Su cocimiento era bueno contra la picadura de la tarántula y eficaz para hacer fluir la leche materna.

Abū l-‘Alā’ Zuhr, que fue médico personal del soberano de Sevilla al-Mu‘tamid ibn ‘Abbād y también del califa almorávide Ibn Tāšufīn¹⁹⁷, prescribía a sus ilustres pacientes un cocimiento de malva, que una vez colada ésta y mezclada con manteca de vaca y miel, se tomaba templado a sorbos y curaba los dolores del bazo.

También se utilizaba, una vez molidas sus hojas, como aplicación terapéutica sobre las inflamaciones producidas por las picaduras de las abejas.

Su utilización actual más frecuente en Europa es como tisana.

MALVAVISCO (*Althaea officinalis* L.). En al-Andalus, *jitmī*.

Es planta herbácea perenne, que puede alcanzar 2 m de altura, con tallo recto y largo, y hojas ovaladas con bordes dentados. Las flores suelen ser grandes y de color rosáceo-violeta; generalmente crecen agrupadas en el extremo de los tallos.

¹⁹⁷ V. *supra*, n. 23.

El malvavisco silvestre solía criarse en lugares húmedos y a orillas de las marismas y salobrales.

El *Calendario de Córdoba* nos da noticia de que en julio se recogía la semilla del malvavisco para su utilización como medicamento; aludiendo al malvavisco cultivado con fines farmacológicos, planta que probablemente se hallaba en los jardines de Madīnat al-Zahrā'.

La especie de malvavisco cultivado era conocida en el Magreb (el Occidente islámico, incluido al-Andalus) como *ward al-zawānī*¹⁹⁸, es decir «rosa de meretrices», porque se decía que las prostitutas se adornaban los cabellos con esta flor.

Esta variedad de malvavisco, conocida en castellano, entre otros nombres, como «malva real» o «malva loca» (*Althaea rosea* (L.) Cav) fue introducida por los musulmanes en al-Andalus. Procede de Oriente y se cultivaba esencialmente como planta de adorno.

También aparece en los textos de los geóponos andaluéses identificada como «rosal de adorno», *ward al-zīna*, llamado así por la hermosura de sus flores y por sus características ornamentales, pues al parecer muchos autores identifican esta flor con el malvavisco de adorno.

Sin embargo, Abū l-Jayr diferencia ambas clases de plantas (malvavisco y rosal de adorno), citándolas separadamente. Para este autor, la rosa de adorno es una «variedad que embellece el huerto»¹⁹⁹, y se cultiva junto a acequias y ríos, aunque, añade, el cultivo de ambas plantas es idéntico.

A esta variedad (rosal de adorno) alude Ibn al-‘Awwām llamándola «malvavisco de los médicos», que, según él, puede ser de tres clases: con flor roja, purpúrea-negrucza y blanca. Este geópono sevillano también la asocia con la citada «rosa de prostitutas».

Por su parte, Ibn Luyūn asocia el malvavisco violáceo con la rosa de adorno, bella y sin aroma; el blanco y el rojo, con la adelfa.

Para Ibn al-‘Awwām son muchas las especies conocidas de malvavisco: de flor roja y grande, blanca y más pequeña.

¹⁹⁸ J. M.^a Carabaza, «Plantas en al-Andalus en el siglo XI», *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, I, 1994, p. 38.

¹⁹⁹ Abū l-Jayr, *op. cit.*, p. 330.

Según este autor, necesita agua abundante, si no, puede enfermar; se cura la planta si se la rocía a mediodía con agua fresca, y vertiéndola por sus lados, dos o tres veces a la semana.

Como dato curioso, Ibn al-‘Awwām comenta que, según las costumbres de la agricultura nabatea, si una persona da vueltas en torno a la planta de malvavisco, mirando sus hojas y flores por espacio de una hora, le invade el gozo, mucha alegría y felicidad, y el ánimo se le fortalece.

Con ello comprobamos la utilización de terapias psicológicas sencillas, por medio de plantas, entre los nabateos y seguramente entre los andalusíes, para combatir la tristeza o algún tipo de depresión.

Los cocimientos de semilla de malvavisco, junto con otros componentes, se prescribían por los médicos de al-Andalus para curar los cólicos de riñón y eliminar los cálculos.

Abū l-‘Alā’ Zuhr recetaba enjuagatorios a base de cocimientos de raíz de malvavisco con ajenuz y hoja de buglosa para curar el dolor de muelas.

MANZANILLA (*Anthemis nobilis* L. y *Chamaemelum nobile* (L.) All.). En al-Andalus se designaba *bābūnaŷ* a las diferentes especies de los géneros *Anthemis*, *Chamaemelum*, *Chamomilla* y *Chrysanthemum*.

También se empleaba el nombre de *uḡhuwān*, a veces confusamente con el de *bābūnaŷ*, para determinadas especies de manzanilla de hojas más pequeñas.

Esta especie, *Anthemis nobilis*, es conocida en castellano como manzanilla romana. Es hierba perenne que alcanza unos 30 cm de altura, con un olor denso y un sabor semejante al del ajeno. Las hojas, plumosas, de un color verde blanquecino, desprenden un aroma a manzana al aplastarlas entre los dedos. Es planta con pequeñas flores muy aromáticas que se cría por gran parte de la Península.

La manzanilla debió integrar el elenco de aromáticas cultivadas en los jardines de Madīnat al-Zahrā’. El *Calendario*

de Córdoba menciona a la manzanilla como *bābūnaŷ* indicando que en mayo se recogen las flores de la manzanilla y con ellas se hace un aceite utilizado para fines médicos y cosméticos.

En al-Andalus había gran profusión de especies de esta planta. Según el Botánico Anónimo²⁰⁰ (ss. XI-XII), se daban al menos siete especies de *bābūnaŷ*; entre ellas, una, de ramas y tallo rojos muy oscuros, casi negros, conocida como *bābūnaŷ rumí*.

Para el malagueño Ibn al-Bayṭār (s. XII), siguiendo a Dioscórides, había tres especies de *bābūnaŷ*, que crecían en los bordes de los caminos y en parajes áridos; la especie de flor blanca era conocida en al-Andalus con el nombre de *maqāriŷa*²⁰¹. Señalada por Ibn Luyūn como una de las plantas que aromatizaba los jardines andalusíes. Ibn al-‘Awwām también la cita en su tratado de agricultura como planta con propiedades para ayudar a la mujer al alumbramiento.

Con las flores de la manzanilla se elaboraba un aceite perfumado que aliviaba los dolores y tenía grandes propiedades relajantes, por lo que fue muy utilizado en al-Andalus.

MANZANILLA REAL DE SIERRA NEVADA (*Artemisia granatensis* Boissier).

Según el botánico Boissier, de finales del XIX, en su obra *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne*: «Esta linda especie es famosa en todo el reino de Granada por sus virtudes medicinales, y los pastores la recogen en grandes cantidades en las partes elevadas de la sierra para venderlas en Granada y sus alrededores. Frotándola entre los dedos despiden un aromático perfume todavía más intenso que el de las especies alpinas...»²⁰². Según Font Quer²⁰³, esta planta se cría en Sierra Nevada (Granada), «desde los 2.500 m para arriba, hasta mayores alturas. Sólo vive en esta sierra». También recoge este autor que, al criarse a tanta altura, fue desconocida por griegos y romanos durante la estancia de estos pueblos en nuestra Península.

Para algunos investigadores actuales como M. A. Nava-

²⁰⁰ Cf. *supra*, n. 19.

²⁰¹ Navarro, M. A., y Hernández Bermejo, J. E., «Las manzanillas en los autores andalusíes», *Ciencias de la Naturaleza en al-Andalus*, III, ed. E. García, CSIC, Granada 1994, p. 153.

²⁰² En Font Quer, *op. cit.*, p. 817.

²⁰³ *Ibidem*, p. 816.

rro y J. E. Hernández Bermejo, quizá esta pequeña manzanilla real, actualmente en peligro de extinción, fue estudiada por primera vez por botánicos árabes.

Al parecer, en el s. XII Ibn al-Bayṭār pudo haberse referido a ella cuando habló de la manzanilla de montañas muy frías, que él identifica con una de las especies del *uḡḥuwān*. Quizá esta referencia, como indican los investigadores citados, pudo realizarla Ibn al-Bayṭār «por haber descendido algo más su distribución»²⁰⁴. Es decir, haber descendido en su ubicación la manzanilla real, siendo más asequible para los botánicos andalusíes.

Con ello, según estos autores, se trataría de la primera cita documentalmente recogida de la manzanilla real de Sierra Nevada²⁰⁵.

MATRICARIA (*Chrysanthemum parthenium* (L.) Bernhardi). Conocida en al-Andalus también con el nombre genérico de *uḡḥuwān*.

Planta perenne, aromática, que llega a alcanzar 1 m de altura; con tallos ramificados casi sin pelos, hojas lanceoladas, y las flores (margaritas) agrupadas en el extremo de los tallos. Éstas suelen ser de pétalos blancos con un disco amarillo en el centro.

De olor aromático y penetrante, es bastante amarga.

De procedencia oriental (Asia occidental) y milenaria. Con iguales propiedades que la manzanilla común, en muchas ocasiones se la confunde con ésta. Su nombre griego, *parthenion*, hacía referencia a las muchachas vírgenes que cuidaban el Parthenon en Atenas, y por derivación, al remedio que esta planta podía proporcionarles en sus molestias periódicas.

Se criaba en huertos y jardines por ser planta aromática y debido a sus propiedades medicinales.

Aparece citada en el *Calendario de Córdoba* como planta medicinal, que era recolectada en el mes de junio; por lo que comprobamos su empleo en la Córdoba califal para diversas aplicaciones médicas.

²⁰⁴ Navarro García, M. A., y Hernández Bermejo, J. E., *op. cit.*, p. 157.

²⁰⁵ *Ibidem*.

El aceite de matricaria se aplicaba para dar suaves masajes en las zonas corporales afectadas por el frío.

En al-Andalus, además, formaba parte del elenco floral que cita Ibn Luyūn en los jardines granadinos en época nazarí. Debía crecer escondida en lugares umbríos, en donde exhalaría su olor alcanforado, parecido al de la manzanilla y el abrotano.

MOSQUETA (*Rosa moschata* J. Herrmann). En al-Andalus, *nistrīn*.

Tipo de rosal con flores blancas pequeñas, de olor almizclado. En al-Andalus se injertaba con el rosal común, y era conocida esta planta como «china».

También indica un tipo de mosqueta silvestre (*Rosa canina* L.) conocida como rosal silvestre, zarza o escaramujo (en al-Andalus, *'ullayq al-kalb*). Es éste un arbusto que alcanza 3 m de altura, con espinas fuertes y ganchudas, anchas en la base, y hojas ovales y dentadas. Sus flores son grandes con cinco pétalos acorazonados de color blanco o rosáceo con suave aroma. Los frutos son gruesos y ovoides, de color amarillo-naranja.

El calificativo de «canina» parece aludir a una serie de creencias seculares en relación a esta planta. Según una tradición muy antigua, la raíz de este rosal silvestre, arrancada en una fase específica de la luna y posteriormente secada con una serie de rituales, tenía virtudes profilácticas y protectoras contra la rabia.

A este tipo de rosal silvestre o mosqueta parece referirse Ibn al-'Awwām cuando habla del *nistrīn* de los médicos andalusíes, comentando que es arbusto que se parece al rosal común, sus flores son semejantes a las de éste y suele crecer junto al rosal blanco. El agrónomo sevillano también cita a una variedad de rosal silvestre conocida como «zarza perruna» (o canina), cuyas flores son como «rosas montesinas».

Ibn Luyūn señala dos tipos de mosqueta, en relación al color de sus flores: blancas y amarillas. También hace referencia a un tipo de mosqueta silvestre que se daba en lugares

montañosos, de flores más pequeñas; quizá aludiendo a la misma planta señalada por Ibn al-‘Awwām dos siglos antes.

Según Abū l-Jayr, era frecuente en al-Andalus injertar en la mosqueta una rama de rosal mediante el injerto de hendidura.

El aceite esencial de la rosa silvestre o mosqueta era prescrito para curar la pleuresía. El médico al-Rāzi refiere que vio en el Jorasán (región de Persia) un pueblo donde había la costumbre de purgarse con cocimientos de hojas de mosqueta.

NARCISO AMARILLO (*Narcissus pseudonarcissus* L. y otros).
En al-Andalus *nar̄yis aṣfar*.

El narciso amarillo se identifica con el narciso común; es planta bulbosa anual de hojas largas y estrechas, con una sola flor en el extremo de cada tallo (bohordo), de 4 a 5 cm de anchura y de color pálido amarillo y aroma denso. La composición de la flor parece doble, pues se inserta una corona acampanada en la corola, ambas de color amarillo.

El nombre botánico de esta planta procede del griego *Narkissos*, nombre de un joven, célebre por su belleza, que según la mitología griega vio su imagen reflejada en el agua de una fuente y quedó enamorado de sí mismo. Esta pasión imposible de satisfacer, le hizo consumirse de melancolía hasta quedar transformado en una flor, conocida con el nombre de este muchacho: narciso.

El narciso ha sido cultivado desde la Antigüedad. La variedad amarilla crece silvestre en las zonas húmedas, junto a los ríos.

En al-Andalus se conocía a esta planta como *bahār* y *nar̄yis*, indistintamente. El primer nombre, de origen árabe, significaba «el que brilla por su belleza» y de él deriva el arabismo del castellano: «albihar», que se da a la manzanilla loca.

El otro vocablo, *nar̄yis*, parece proceder del persa y generalmente lo empleaban los andalusíes para designar el narciso común o narciso amarillo.

El griego Dioscórides en su obra *Materia Médica* afirma

–según la traducción del Dr. Laguna– que el más perfecto narciso es el que nace en los montes y exhala un aroma suave.

Recomienda en su obra emplastos de raíz de narciso machacada y miel, para aplicar sobre los tendones torcidos y las articulaciones dañadas, con el fin de aliviar el dolor.

El *Calendario de Córdoba* menciona la floración de los narcisos amarillos tempranos en el mes de enero, e indica que en diciembre empieza a haber narcisos en los montes y huertos de Córdoba.

Su plantío debió ser frecuente en la Córdoba califal, ya que el *Tratado Agrícola Andalusí Anónimo* indica que la cebolla del narciso amarillo se planta igual que la del blanco, aunque la floración del amarillo a veces se retrasaba hasta la primavera.

También debía estar presente esta planta aromática en los jardines de Madīnat al-Zahrā’.

Según Abū l-Jayr, el narciso amarillo se plantaba junto a los aljibes, pues le viene bien el agua y por eso gusta de los lugares húmedos y montañosos. Esta planta, de abundante referencia genérica en al-Andalus, es citada en las obras de Ibn al-‘Awwām, Ibn Baṣṣāl e Ibn Luyūn, entre otros.

Ibn al-‘Awwām dice que el narciso es originario de Macedonia y afirma que su flor, amarilla por dentro y rojiza por fuera, tiene la figura de un arcaduz (*nar̄yis qādūsī*) y exhala un aromático olor.

El aceite de narciso, elaborado con aceite de oliva y flores de narciso, era suave y aromático, y se utilizaba en los masajes para relajar el sistema nervioso. Según Ibn Zuhr, este aceite disolvía los tumores de los órganos nerviosos y tranquilizaba y aliviaba a los hemipléjicos.

NARCISO BLANCO (*Narcissus poeticus* L. y *Narcissus papyraceus* Ker Gauler). Bajo el nombre genérico de narciso se comprenden varias especies de esta planta.

En al-Andalus al narciso blanco se le llamaba *bahār*.

Es hierba perenne con bulbo subgloboso, tallos que

alcanza 45 cm de altura, hojas más largas que los tallos y flores blancas, agrupadas en umbelas con 6 a 20 flores, muy aromáticas.

La planta del narciso blanco también debió figurar en los jardines de Mādinat al-Zahrā'. El *Calendario de Córdoba* indica que los narcisos blancos tempranos florecían en Córdoba en pleno mes de diciembre. Dato que a su vez recoge el *Andalusí Anónimo*, sobre la época de floración de esta flor.

Según Abū l-Jayr, la planta del narciso blanco dura de tres a cuatro años, como la azucena. Tolera mucha agua y le gusta la tierra arenosa, estercolada, negra y áspera, y los parajes umbríos.

Por su parte, Ibn al-ʿAwwām da una serie de consejos en su *Kitāb al-Filāḥa* («Libro de Agricultura») para obtener flores dobles del narciso blanco, como es el incrustar en una cebolla del narciso una serie de dientes de ajo sin pelar y soterrarla de esa forma. Si se quiere conseguir una fragancia suave del narciso y las hojas muy verdes, el ajo debe ser verde y fresco, enterrando la cebolla en tierra muy húmeda. Nos confirma que así se hace en Damasco (Siria), «a causa de la frialdad de esta región»²⁰⁶.

El aceite de narciso blanco ya se empleaba desde el siglo IX en al-Andalus para suavizar el pecho y los costados en las afecciones por enfriamiento.

NENÚFAR BLANCO (*Nymphaea alba* L.). En al-Andalus, *nīlūfar abyad*.

Se trata de una planta vivaz acuática, con un rizoma grueso que arraiga en el fondo de las aguas. Sus hojas, flotantes sobre la superficie, son de gran tamaño (hasta 30 cm de diámetro) y de forma redondeada; las flores tienen grandes pétalos de color blanco o, a veces, rojizo; flotan solitarias sobre largos pedúnculos. Es planta esencialmente ornamental.

El nombre botánico *nymphaea* procede del griego *ninpha*, deidad menor del agua según la mitología griega, ya que esta planta vive en el agua como las ninfas. A su vez, el

²⁰⁶ Ibn al-ʿAwwām, *op. cit.*, II, pp. 275-277.

nombre castellano procede del árabe *nīlūfar*, que proviene del persa y que significa «loto azulado», por el color que a veces tiene.

Crece en los estanques y en las aguas de curso lento con poca profundidad. Según la agricultura nabatea (cronológicamente anterior a al-Andalus), el nenúfar se cría donde hay aguas dulces estancadas y su fruto es mayor cuando está la luna en creciente, y más pequeño, en el menguante.

En al-Andalus se empleaba el aceite de nenúfar para dar masajes corporales, porque hidrataba y relajaba hasta el punto de combatir el insomnio. En épocas de mucho calor se inhalaba perfume de nenúfar y se rociaban las estancias con él para evitar la sequedad del ambiente.

El cocimiento de hojas de flor de nenúfar y otros componentes era recetado por Abū l-‘Alā’ Zuhr al emir almorávide de Sevilla, Ibrāhīm ibn Yūsuf ibn Tāšfīn, como tratamiento para los cálculos biliares.

NENÚFAR AMARILLO (*Nuphar luteum* (L.) Sibthor et Sm.).
En al-Andalus, *nīlūfar ašfar*.

Planta acuática con rizoma grueso, hojas flotantes muy grandes (hasta 40 cm de diámetro) y forma acorazonada. Arraigada en el fondo de las aguas, crece en las aguas mansas de lagunas y estanques. Sus flores amarillas con cinco pétalos desprenden un suave perfume y flotan en el agua.

Abū l-Jayr dice que los nenúfares amarillos, rojos o blancos pueden prosperar en terrenos en los que hay abundante agua, aunque sean fríos. Las plantas, asegura, serán, en estas condiciones, más fuertes y gruesas.

Generalmente, se han atribuido a la raíz del nenúfar propiedades antifrodisíacas, pero esta atribución no es del todo acertada.

En la obra de Mérat (s. XIX) titulada *Dictionnaire universel de matière médicale*, 1830, este autor expone unos comentarios sobre las utilidades de esta planta acuática, que recoge Font Quer:

... las gentes se servían del nenúfar para apagar los ardores de la concupiscencia; los piadosos cenobitas del desierto hacían uso frecuente de él; se consumía mucho en los claustros, conventos y seminarios, y sus propiedades atemperantes se creyeron de tanta eficacia que se le acusó no sólo de enfriar, sino de esterilizar... Sin embargo, los observadores notaron que esta raíz abunda en fécula y que los tártaros... se alimentaban con ella sin que esto redundara en perjuicio de su fecundidad. En consecuencia... no sólo llegaron a dudar de las ventajas del nenúfar contra los estímulos carnales, sino que tal *destructor de placeres y veneno del amor...*, podía no ser otra cosa sino su excitante. Esta conjetura fue plenamente confirmada por Debois de Rochefort, que todavía vio usar del nenúfar en los conventos de su tiempo, y... en lugar de actuar como refrigerante, observó que de su administración se seguían malas consecuencias...²⁰⁷

NENÚFAR ROJO O ROJIZO (*Nymphaea*). En al-Andalus, *nīlūfar aḥmar*.

Dentro de la familia de los nenúfares estaba la variedad roja o rojiza, y también había uno que se criaba únicamente en albercas, al que denominaban *nīlūfar al-bīrka*. En general, al nenúfar le gusta abundante agua y su flor es muy atractiva y grande (de 20 a 25 cm de diámetro).

En al-Andalus se daban las tres variedades de nenúfares (amarillo, rojo y blanco), según indica Abū l-Jayr, en cita anterior.

Sobre el nenúfar y el movimiento que generan sus pétalos al cerrarse sobre sí mismos al llegar la noche, ha dicho un poeta andalusí anónimo:

El nenúfar permite, de día,
a sus visitantes mirar su rostro,
pero de noche lo veda,
como un mercader de esencias
que se estaría en su tienda
en tanto dura la luz del día hasta la noche;

²⁰⁷ Mérat, *op. cit.*, II, p. 64. En Font Quer, P., *op. cit.*, p. 238.

pero cuando llega la noche,
cierra y encadena su puerta²⁰⁸.

La belleza de esta flor acuática y su gran valor ornamental hizo que estuviera presente en las albercas de los jardines andalusíes, incluso de forma artificial, como el enorme nenúfar de plata que hizo poner al-Manşūr (el célebre Almanzor, s. X)²⁰⁹ en la gran *al-bīrka* de su almunia-palacio cordobesa de al-Zāhira.

ROSAL (*Rosa spp.* Aplicado a numerosas especies). En al-Andalus se la conocía como *ward*.

Es arbusto de poca altura con agujijones ganchudos, más anchos en la base, a lo largo del tronco y de las ramas, y pequeñas espinas en los tallos de las flores. Éstas, las rosas, son grandes en el caso de la *R. gallica* con pétalos aterciopelados de un rojo oscuro, muy aromáticos.

Desde China, pasando por el Próximo Oriente, los rosales de origen silvestre fueron injertados hasta lograr una gran variedad de flores dobles con mucho aroma. La técnica de los injertos, muy utilizada en al-Andalus, hizo aumentar las variedades de rosas hasta lo inimaginable: *Rosa gallica* L., o rosa roja, en al-Andalus: *ward aḥmar*. *Rosa damascena* Miller, o rosa de Alejandría, en al-Andalus: *ward ŷūrī*. *Rosa alba* L., o rosa blanca, en al-Andalus: *ward al-abyaḍ*. Y otras variedades.

Las rosas debieron figurar preferentemente en los jardines de Madīnat al-Zahrā'. En el *Calendario de Córdoba* ya se menciona que aparecen las primeras rosas en marzo, y, en el mes siguiente, se elaboraban los productos médico-cosméticos derivados de ellas: aceite, agua perfumada, jarabe y electuarios.

El *Tratado Agrícola Andalusí Anónimo* (ss. X-XI) menciona al rosal e indica que si se quiere que florezca antes y que su olor sea más fuerte, debe regarse todos los días dos veces, en pleno estío.

Entre todas ellas, la rosa de Alejandría (*Rosa damascena* Mill.), introducida en al-Andalus por los árabes, es la que

²⁰⁸ En H. Pérès, *op. cit.*, p. 183.

²⁰⁹ *V. infra*, n. 213.

daba el mejor agua de rosas por destilación, perfume muy utilizado por los andalusíes, como recogen frecuentemente las crónicas históricas.

De toda la ingeniería botánica en relación a las rosas nos hablan los geóponos andalusíes al aludir a la gran variedad de injertos en torno a este arbusto.

Abū l-Jayr dice que el rosal puede injertarse en la mosqueta, en la peonía, en el almendro y en el granado silvestre. También nos cuenta este autor que, si se quiere conseguir que salgan rosas tempranas, debe regarse el rosal desde el año anterior dos veces al día con agua caliente; y para que permanezcan lozanos los rosales, debe colocarse un ajo junto a sus semillas o esquejes cuando se planten; de esta forma, aunque se recojan sus flores, el rosal volverá a florecer nuevamente.

Ibn al-‘Awwām nos da referencia de una gran variedad de rosas: rojas, amarillas, blancas, celestes y una compuesta de azul celeste por fuera y amarilla por dentro, que era muy común en la zona de Trípoli (en el actual Líbano). También menciona un tipo de rosa amarilla que crecía en Alejandría. Dice que la rosa doble es la mejor, por su gran aroma, para elaborar el agua destilada de rosas.

Al-Ṭignarī da referencia de la especie de color azul; mientras que Ibn Luyūn nos informa que en el Iraq se daban rosas de color rojizo, blanco y amarillo, y también que, en su época (s. XIV), se realizaban injertos del rosal en frutales como el manzano, el almendro y la vid, quizá para aromatizar las frutas que se produjeran.

De la gran afición de los andalusíes por los rosales nos ha quedado constancia a través de muchos textos, tanto poéticos como descriptivos. Entre éstos, uno del cordobés al-Šaqundī (s. XII) hace alusión, en una exaltación de las bellezas de la tierra cordobesa, a un paraje de la sierra de Córdoba, conocido popularmente como «montes del rosal» por el gran número de rosales que allí se cultivaban:

En ella [en Córdoba] están también los montes de las rosas (Ŷibāl al-ward), de las cuales la arroba llegó a valer a veces un

cuarto de dirhem, y cuyos propietarios, de tantas que había, llegaron a considerar como un favor el que aquel a quien dejaban cogerlas, las cogiese para sí mismo²¹⁰.

De la enorme aplicación de las rosas y el agua de rosas en medicina, gastronomía, cosmética y perfumería ya ha quedado suficiente referencia, en páginas anteriores, a lo largo de este texto.

La rosa en el mundo espiritual islámico tiene un sentido simbólico de atracción hacia su perfume, al igual que los místicos sufíes se sienten atraídos por el amor de Allāh. Se cuenta que Yunus Emre, místico turco del siglo XIII, cada vez que aspiraba el perfume de una rosa repetía en éxtasis el nombre de Allāh.

VIOLETA (*Viola*. Varias especies). En su variedad de *Viola odorata* L. parece relacionarse la llamada en al-Andalus *banafsay*.

Hierba perenne y vivaz, sin tallo aparente, con estolones laterales con raíces. Las hojas dispuestas al final de largos rabillos son acorazonadas; las flores, aisladas, con corolas de cinco pétalos de un color violáceo intenso son suavemente aromáticas con un perfume característico.

Es especie propia de la zona mediterránea, se cría en lugares frescos y húmedos; la cultivada en jardín adquiere mayor tamaño.

Hay constancia de que había violetas en la Córdoba califal, ya que el *Calendario de Córdoba* menciona que en el mes de abril se recogían las flores y con ellas se elaboraba un electuario, un jarabe y un aceite perfumado.

No es pues de extrañar que las violetas estuvieran también incluidas en los jardines de la ciudad califal de Madīnat al-Zahrā'. Donde también ocuparon un lugar preferente fue en la ciudad-palacio amirí de Madīnat al-Zāhira, al este de Córdoba.

Aunque el *Tratado Agrícola Andalusí Anónimo*, de esa misma época, no menciona a las violetas.

No obstante, es citada por la mayor parte de los geóponos andalusíes. Ibn al-‘Awwām señala dos especies: la hortense y la montesina de hoja menuda. Gusta de sitios sombríos y crece junto a las tapias de los jardines, según este autor observa en los jardines de Córdoba y Sevilla. Sólo admite agua dulce y las aguas fecales o las ventosidades humanas la enferman. Tampoco admite la proximidad de cañas, ni las nieblas, el frío, los truenos, el polvo, el humo, ni la proximidad con cementerios.

Por su parte, Ibn Luyūn sólo nos habla de dos clases: la violácea y la de color amarillo.

En los primeros tiempos del Islam, en los que sólo se practicaba la «medicina del Profeta», se atribuye al Profeta Muhammad la siguiente aseveración (*Ḥadīṭ*):

Disponéis del aceite de violeta que es el mejor de todos los aceites²¹¹.

El jarabe de violeta que menciona el *Calendario* se prescribía para combatir el ardor de estómago y el estreñimiento.

El aceite de violeta se utilizaba además en el *ḥammām*, aplicándose con suaves masajes, como hidratante corporal y además como relajante, ya que provocaba sueño a quien lo recibía. También se prescribía para curar las quemaduras de la cabeza y el cuerpo, desde los primeros tiempos del Islam.

La violeta, en jarabe, confitura o en emplastos de flores machacadas, era muy empleada en medicina para curar diversos tipos de enfermedades, como hemos visto. Entre las múltiples recetas que han dejado los médicos andalusíes podemos citar algunas:

La confitura de violeta con azúcar, arropo de regaliz y bedelio azul, una vez mezclados y filtrados, era prescrita por los médicos andalusíes para hacer gargarismos y curar afeciones de garganta.

El cocimiento de flores de violeta, raíz de grama, culantrillo de pozo, raíz de apio, hinojo, malvavisco, calabaza,

²¹¹ Ibn Ḥabīb, *op. cit.*, p. 69.

regaliz, jarabe de azúcar y vinagre era recomendado para curar los cálculos de riñón.

En épocas de epidemias se combatían las subsiguientes infecciones, según Avenzoar, haciendo que la persona afectada tomara baños de agua dulce y tibia, y dándole comidas cocinadas con aceite de almendras, en lugar de aceite de oliva.

Además se le hacía inhalar aromas de violeta y de flores de calabaza y de nenúfar, y se le ungía el cuerpo con una mezcla de aceite de oliva dulce y agua dulce a partes iguales. Después se le colocaba encima un velo de lino basto, empapado en agua, y se le vaporizaba con agua de rosas y zumo de manzanas, llenando su casa con manzanas, nenúfares y violetas...²¹²

La violeta fue una de las flores más apreciadas por el *ḥāyib*²¹³ al-Manṣūr (Almanzor) y por toda su familia, los Amiríes. Al parecer, hubo muchas violetas en los jardines de su palacio de al-‘Amiriyya. Como muestra de la afición que Almanzor tenía hacia las flores, y especialmente hacía la violeta, le puso a tres de sus hijas nombres de flores. Una de ellas se llamaba *Banaḥṣay* (Violeta).

El hijo y heredero de Almanzor, ‘Abd al-Malik ibn ‘Āmir, conocido como al-Muḥaffar, continuó con la afición floral de su progenitor y mandaba componer poesías sobre las diversas flores de sus jardines de al-Zāhira²¹⁴. Su poeta cortesano, Sa‘īd al-Bagdādī, dijo acerca de la violeta:

Cuando la nariz inhala su perfume,
desacredita los suaves efluvios
de la algalia,
y la exhalación de un perfume
compuesto de toda clase de aromas.
El color de su corola se parece
a la túnica de la aurora
y el redondo aderezo
en la mejilla de las hermosas huríes²¹⁵.

²¹² Abū Marwān ‘Abd al-Malik ibn Zuhr, *op. cit.*, p. 155.

²¹³ Chambelán supremo de palacio, elegido entre los visires y superior a ellos en rango, dependiendo directamente del califa. La figura del *ḥāyib* alcanzó las cotas más altas de poder y caudillaje en la Córdoba del siglo X, en la persona del ambicioso y eficaz Muḥammad ibn ‘Abī ‘Āmir *al-Manṣūr* (conocido en el mundo cristiano como Almanzor), quien gobernó al-Andalus, en nombre del califa Hišām II, suplantándole plenamente.

²¹⁴ V. *supra*, pp. 129-130.

²¹⁵ Ibn ‘Idārī, *Al-Bayān al-Mugrib*, *op. cit.*, p. 27